

Fascículo 02 -IRRUPCIÓN SOCIAL DE “EL GALILEO”
(Mc. 1,14-20)

El libro fue pasando por todas nuestras manos. Al tomarlo, antes de abrirlo, impresionaba su tacto y su olor. Su cercanía nos infundió el respeto que causa la historia de un ser humano vivida con intensidad y arrojo. Seguimos el surco de las palabras en mayúsculas grabadas en la portada: **MARCOS**.

Llamaba la atención el hecho de que ninguna de sus hojas dispusiera de algún hueco en blanco para poder añadir siquiera una palabra. Estaba escrito a mano y con una letra diminuta que aprovechaba tinta y papel. Los estrechos espacios que el texto cedía en los márgenes estaban atestados de notas, indicaciones y signos que revelaban la vida invertida en aquellas páginas.

Sorprendió la última hoja. En ella aparecían únicamente dos palabras escritas con una perfecta caligrafía. Revelaban las ganas que el abuelo puso en ellas. En el centro de la página en blanco se leía: **"Gracias, Kurt"**.

El contenido de aquel libro almacenaba las claves que justificaban la inteligencia o la locura de nuestro paisano y de su querido amigo Kurt.

Su forma de entender el evangelio no se correspondía con la información que nosotros hemos recibido.

—*Marcos* constituye de principio a fin un conjunto pedagógico con una finalidad muy precisa. Entresacar un trozo de esa unidad, aunque aporte elementos que ayudan a hacerse una lejana idea de la totalidad, no permite percibir la significación global del conjunto. Es como tener en un arcón un hermoso traje de fiesta y querer enseñarlo sacando únicamente un pico del mismo sin levantar siquiera la tapa del arcón. No basta extraer y mostrar un bolsillo y más tarde hacer lo mismo con un trozo de la manga. Por ese camino, nadie podrá ver el traje al completo.

Ese recurso de descomponer el evangelio ha servido en multitud de ocasiones para alienar, para engañar, para dominar y para poder cometer los mayores desmanes bajo el amparo de verdades tenidas como absolutas. No eran sino pedazos de un traje irreconocible. Hay que sacar, pues, el traje entero e ir viendo sus costuras, su tejido, sus detalles, sus terminaciones... Sólo así se consigue contemplar su belleza.

—Las veces que he leído u oído algo del evangelio ha provocado en mí dos sentimientos contradictorios. Por una parte, algunas de las cosas que dice o hace Jesús me fascinan y descubro en él una humanidad excepcional, Por otra, sin embargo, lo percibo como un ser lejano e inalcanzable, extraño incluso a la propia naturaleza humana. Esto último me pasa, por ejemplo, con las parábolas o cuando realiza milagros. Hablar con sentido enigmático me parece una burla, y los milagros, de ser ciertos, los considero una crueldad para el que no puede beneficiarse de ellos. ¿Tiene el abuelo explicación para esas cuestiones, o las acepta sin más?

—Aunque les parezca extraño —respondió Teófila—, no hay milagros en el evangelio; no encontraremos en Marcos la descripción de ningún hecho que vulnere las leyes físicas y naturales. Sí, en cambio, las injustas.

Y respecto a las parábolas, no tratan de enturbiar su mensaje, sino de simplificarlo en claves muy sencillas y entendibles.

—A mi no me entra lo de la virginidad de María. No es natural, vamos; a mí que no me digan... Me parece una cosa..., pues..., para tontos. La verdadera historia será de otra manera..., seguro.

—El texto de Marcos no hace alusión alguna ni al nacimiento ni a la infancia del Galileo. Lo que indica que esos asuntos carecían de interés para sus lectores. Por lo tanto, desde su silencio, Marcos nos deja suponer que todo ocurrió de la manera más natural.

Teófila tomó en sus manos el libro del abuelo y nos adelantó que íbamos a leer una corta redacción de Marcos en la que resumía el inicio de la actividad de su principal protagonista, Jesús:

- ***Cuando entregaron a Juan llegó Jesús a Galilea y se puso a proclamar la buena noticia de parte de Dios. Decía:***
—***Se ha cumplido el plazo, está cerca el reinado de Dios. Convertíos y tened fe en esta buena noticia.*** (Mc 1, 14-15).

Teófila hizo dos preguntas:

—¿Piensan que este hombre se desentendió con su anuncio de las miserables condiciones de vida sufridas por la gente? ¿Creen, tal vez, que con él llamaba a la resignación prometiendo un cambio radical en esas condiciones para después de la muerte?

Entremos sin prejuicios en el texto. Observen su brevedad. Está concentrado; tiene el formato de una síntesis. El redactor, Marcos, resume en estas líneas el momento, el lugar y la esencia de un mensaje que su protagonista estuvo exponiendo durante un determinado tiempo. En su parquedad, podemos percibir la preponderancia de los contenidos respecto a los hechos que lo sostienen. Marcos no cuenta una historia. No le interesan aquellos datos o circunstancias que no tengan una utilidad para la transmisión de su enseñanza. Esta forma de escribir exige, pues, estar muy atentos a sus detalles cargados de intencionalidad.

Fíjense qué curioso: el punto de referencia sobre el que se enmarca el comienzo de la actuación de nuestro hombre es la detención de Juan. Se trata de Juan el Bautista, claro. Había sido mencionado con anterioridad a este relato a modo de preámbulo. Noten que Marcos precisa que Juan fue entregado. Nos avisa de que se encontraba detenido y encarcelado, lo que confirmará más adelante. Pero, sobre todo, intenta que el lector capte la presión habida para que las autoridades competentes lo colocaran entre rejas. Es decir, a la acción coercitiva de los representantes del orden establecido, precedió la firme determinación de elementos no identificados por acabar con el movimiento social generado por Juan.

Avanzada la lectura, Marcos pondrá al descubierto a los principales adversarios de Juan el Bautista. Desvelará incluso sus nombres y hasta donde llegó su hostilidad hacia él. Por el momento, se queda solo en el hecho. Su objetivo principal trata de destacar la coincidencia de la entrada en escena de nuestro principal protagonista con la retirada de Juan del escenario. Ése es el momento

El de Juan fue un movimiento social multitudinario enraizado en los profetas del Antiguo Testamento. Propugnaba la justicia social como paso previo al momento de la liberación esperada por el pueblo judío. El verbo griego bautizar significa irse a pique, irse al fondo, ahogarse...

Con la acción de bautizarse, la gente exteriorizaba simbólicamente su decisión de abandonar la vida llevada hasta entonces como preparación a la que estaba por llegar. Juan pertenece a un tiempo anterior al del cambio radical que se esperaba. Al tiempo de preparativos. El Galileo, según la introducción de Marcos, inaugura una época nueva. La de las realidades. Marcos presenta al Bautista como preámbulo. Nuestro protagonista entra en acción una vez acabado el tiempo de Juan.

Marcos ofrece datos muy resumidos sobre la acción del Bautista. No es lo que le interesa. Pero podemos hacernos nuestra composición de lugar contando con otras informaciones. La enseñanza del Bautista reclamaba esencialmente la justicia y la igualdad. Así respondía, según Lucas, a los que le preguntaban que tradujera sus ideas a la práctica de la vida ordinaria; "*El que tenga dos túnicas, que las comparta con el que no tiene, y el que tenga de comer, que haga lo mismo*" (Lc. 5, 11).

Observen que habla de necesidades básicas: el vestido y la comida, Algunos colectivos observaban con peligro la difusión de esas ideas. Su interés por mantener invariables las condiciones sociales, políticas y económicas nos da la pista para hacernos una idea sobre quiénes fueron los que entregaron a Juan.

El Bautista consideraba la justicia como condición necesaria y preparatoria a la liberación que estaba por llegar. Como es natural, eso le llevaba a denunciar las acciones criminales del poder, lo cual le condujo irremisiblemente a la cárcel. Flavio Josefo, un historiador judío de la época, afirma que le encarcelaron por razones políticas.

Antes de que nuestro protagonista hubiera intervenido, la estructura social organizada no resistió el empuje de Juan reclamando la justicia. El poder tomó cartas en el asunto y acalló su incómoda voz acusadora con la complicidad de los que deseaban la inmovilidad de la situación. La entrega del Bautista en el inicio del relato pone en guardia al lector. Como encabezamiento a la entrada en escena del hombre de Galilea. Marcos ha encendido un piloto rojo insinuando que la presión de los grupos de poder y el mismo poder han amordazado con agresividad la reivindicación que abría los ojos del pueblo.

Una vez señalado el momento, Marcos hace entrar al personaje principal, citando su nombre y el del lugar al que se encaminó: "*Llegó Jesús a Galilea*".

Al tratarse de una vasta zona, una región, y no de una localidad concreta, hay que pensar que Marcos delimita el marco geográfico y socio-político donde él ejerció una amplia actividad. En esa época, Galilea estaba perfectamente definida en sus límites y diferenciada del resto de regiones. Situada al norte de Palestina, ocupaba la parte montañosa al oeste de lago de Genesaret, llamado también mar de

Galilea. Desde la región meridional, Judea, que junto con Samaría, en el centro, conformaba un distrito administrativo regido por un gobernador romano, se consideraba a Galilea como lo último.

Unos setecientos años antes del momento histórico en que nos encontramos, comenzaron por allí las invasiones, las deportaciones y también la repoblación con extranjeros. Galilea se mostró siempre receptiva a la llegada de nuevos inmigrantes de otras culturas diferentes a la judía. La capital, Séforis, situada estratégicamente como enclave de paso para caravanas comerciales, fue incendiada por las legiones romanas a la muerte de Herodes el Grande en el año cuatro antes de nuestra era, como consecuencia de haberse convertido en centro de operaciones de un grupo de rebeldes que extendieron su revuelta por toda la región. Fue reconstruida más tarde y se ayudó a repoblarla con extranjeros. Esa misma política se aplicó con la nueva capital, Tiberíades. Con esta mezcla de población, Galilea era considerada por los judíos como una región contaminada, infecta y de escasa fiabilidad.

Pero la realidad era otra. El contacto con otros pueblos y otras culturas hacía a los galileos menos rigoristas que los habitantes de Judea; sobre todo, los de la capital. La región también se caracterizaba por ser cuna de los revolucionarios más fanáticos. Los oriundos de esta zona norteña tenían fama por su violencia y agresividad.

Y si a los galileos se les tenía por gente de ínfima categoría, los de Nazaret, de donde él procedía, estaban a la cola. Uno de los que le acompañaban dice en el evangelio de Juan: "*¿De Nazaret puede salir algo bueno?*" (Jn 1, 46).

En definitiva, ni su procedencia ni el lugar elegido para comenzar su actividad ni la referencia temporal al encarcelamiento del Bautista ofrecen, como ven, una perspectiva muy prometedora. Pero, no hay duda de que esta descripción de Marcos, abriendo así el relato, quiere ser fiel a los motivos que tuvo este hombre de empezar aquí y en ese momento.

En el lugar paralelo de su evangelio, Mateo acude a un texto de Isaías para explicarlo: "*Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: ¡Galilea de los paganos! El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande...*" (Mt 4, 15-16).

El texto citado alude a un pueblo, "*Galilea de los paganos*", el que habitaba esa región caracterizada por su mezcla de gentes, en una coyuntura especialmente opresiva: tinieblas. Unas líneas más abajo, en el capítulo nueve de Isaías, éste señala con expresiones muy gráficas los motivos que generaban ese estado de desesperanza del pueblo sometido:

- *la vara del opresor; el yugo de su carga; el bastón de su hombro; la bota que pisa con estrépito; la capa empapada en sangre.*"

Desde el foco de Mateo se perfila el objetivo de esa referencia de Marcos a Galilea. Por una parte apunta a la necesidad y la clase de liberación que reclamaban los habitantes más aplastados de la región; por otra, se alude al compromiso que el Galileo asumió con la realidad sufrida por su pueblo.

Estamos aún en la descripción del narrador que pasa ahora a contar la primera actuación del hombre de Galilea: "*Y se puso a proclamar la buena noticia de parte de Dios*". La acción con que describe su primera intervención se define con el verbo "*proclamar*". Este verbo se convertirá en una fórmula técnica para designar la tarea de hacer llegar a otros su mensaje central.

La forma de transmitirnos su movimiento, "*se puso a proclamar*", indica que no se trató de un acto aislado sino de la entrega a una labor que se prolongó en el tiempo y que consistió en el anuncio de una realidad que Marcos llama; La Buena Noticia. En griego, evangelio.

El término evangelio o buena noticia deriva de un verbo griego, que cobró auge a raíz de las circunstancias históricas que acaecieron cuando en el último tercio del siglo VI antes de nuestra era, estando el pueblo Judío deportado en Babilonia, el rey persa, Ciro, invadió ese país y ordenó la repatriación de los judíos. La anhelada oportunidad de volver a casa se vio venir con antelación y originó un período preñado de expectativas de independencia, fortuna y libertad.

Sin embargo, esa gran esperanza nunca llegó a cuajar. Durante siglos, y con altibajos, los judíos vivieron dominados aunque convencidos de que estaba a punto de llegar la buena noticia de la liberación e independencia de la nación. En las cercanías de la época en que nuestro personaje aparece actuando se produjeron no pocas rebeliones armadas contra Roma creyendo llegado el momento. Ninguna pasó del intento. Todas ellas acabaron aplastadas con ferocidad por el imperio dominante.

Con todo, la constante frustración frente al coloso romano no derrumbó la certeza inquebrantable de los judíos en el cercano triunfo sobre la potencia hegemónica; él inauguraría la definitiva etapa histórica, la

del gobierno divino del mundo a través de su pueblo elegido: Israel. Ésa sería la buena noticia por excelencia; la que se conocía bajo la fórmula: "el reinado de Dios".

Para Marcos, el tema esencial del pregón del Galileo coincide con la buena noticia, la que respondía a la expectativa real de los habitantes de Galilea. El complemento "*de Dios*" (traducido por: "*de parte de Dios*") calificaba su discurso como único y definitivo. No había, para él, posibilidad de equívocos. Se trataba de la noticia que el pueblo esperaba desde hacía siglos.

—O sea..., ese hombre se creía enviado por Dios...

—El texto de Marcos no admite establecer ese tipo de conjeturas. Antes bien, en el trasfondo del mensaje del Galileo se atisba una larga historia de reflexión y análisis global de la realidad de su entorno, hecha con tiempo y profundidad.

Marcos introduce las primeras palabras del Galileo escribiendo: "*decía*". Fíjense en el verbo. Está aislado. Le falta la localización; carece de interlocutores oyendo lo que... decía.

Las palabras presentadas por el redactor Marcos acto seguido como un pregón del Galileo son en realidad una síntesis de lo que él estuvo comentando durante un tiempo por aquella región de Galilea.

El resumen de su mensaje está construido con dos frases conjuntadas y simétricas. Sus primeras palabras son contundentes: "*Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reinado de Dios*". Cualquiera de sus contemporáneos pudo captar en ellas la señal que anunciaba el momento decisivo

La primera frase señala el final del largo recorrido histórico repleto de falta de libertad, vejaciones, escasez, penuria, hambre...

La clave de ese instante crucial la aporta la segunda frase, que complementa a la primera. Marcos viene a decir: se han acabado los malos tragos; ha llegado la etapa ansiada por el pueblo. La define con la denominación usada comúnmente para identificarla: "*el reinado de Dios*".

La palabra "*reinado*" confirma el carácter social de su discurso. El remate, "*de Dios*", asociado a ella, completa el contenido de la buena noticia. La buena noticia consiste en que, frente al estado de permanente injusticia y esclavitud, comienza una realidad social alternativa (reinado), ajena al sistema, y con carácter definitivo (de Dios).

—¿Quieres decir que él hablaba de una realidad social aquí en la Tierra? ¿Cómo se justifica ese sentido histórico que, según tú, tiene la expresión reinado de Dios?

—Lo comprenderemos yendo hacia atrás en la historia —contestó Teófila—. Para el grupo de esclavos escapados de Egipto teniendo a Moisés como líder, este singular episodio de la liberación, junto con su constitución como pueblo en el desierto, fue considerado como una gesta conseguida gracias a la intervención y gobierno de su verdadero rey: Yahvé. Desde ese criterio, consiguieron conquistar un territorio y mantener, con mayor o menor fortuna, un régimen basado en principios de igualdad.

Pero ocurrió algo que cambió completamente las cosas. Vamos a leer en el Antiguo Testamento un breve relato que avisa al pueblo de las consecuencias de adoptar una posición contraria a la libertad y a la igualdad. Está en el capítulo ocho del primer libro de Samuel:

- *Entonces los concejales de Israel se reunieron y fueron a entrevistarse con Samuel en Rama. Le dijeron: ...Nómbrenos un rey que nos gobierne, como se hace en todas las naciones, ...El Señor le respondió: Haz caso al pueblo en todo lo que te pidan. No te rechazan a ti, sino a mí; no me quieren por rey. ...Hazles caso; pero adviérteles bien claro, explícales los derechos del rey. ...Éstos son los derechos del rey que os regirá: a vuestros hijos los llevará para enrolarlos en sus destacamentos de carros y caballería y para que vayan delante de su carroza; los empleará como jefes y oficiales en su ejército, como aradores de sus campos y segadores de su cosecha, como fabricantes de armamentos y de pertrechos para sus carros. A vuestras hijas se las llevará como perfumistas, cocineras y reposteras. Vuestros campos, viñas y los mejores olivares os los quitará para dárselos a sus ministros. De vuestro grano y vuestras viñas os exigirá diezmos, para dárselos a sus funcionarios y ministros. A vuestros criados y criadas, vuestros mejores burros y bueyes se los llevará para usarlos en su hacienda. De vuestros rebaños os exigirá diezmos. ¡Y vosotros mismos seréis sus esclavos...*" (1 Sam. 8, 4-17).

Así pues, se abandonó la organización anterior y se adoptó un sistema que generaba una cadena inacabable de injusticias. Los desastres se sucedieron desde el principio de la instauración de la monarquía. El pueblo tuvo que soportar los derechos del rey y los de los otros reyes e imperios extranjeros que a su vez los dominaron.

El pueblo intentó salir de la ratonera, aunque tanto condescendiendo y aceptando pasivamente cada situación opresiva, como oponiéndose drásticamente a ella por la vía de la rebelión armada, se alcanzaban idénticos resultados. Que Dios reinara de nuevo, o dicho de otro modo, regresar a un sistema organizado en base a la igualdad, se constituyó, pues, en su única alternativa. Los profetas alimentaron esas expectativas de cambio social radical y profundo que reportarían la justicia y la libertad tan anheladas.

La declaración del Galileo no podía defraudar la esperanza sostenida a duras penas durante siglos. La expresión elegida a conciencia, "*reinado de Dios*", hablaba de una realidad palpable y visible, no de una promesa demorando la implantación de la justicia hacia un futuro incierto. Habría supuesto una gran frustración. Pero no fue así, el hombre de Galilea anunció que había llegado con él. Se trataba de la alternativa social definitiva, la que acabaría con la miseria y abriría el tiempo de la abundancia y la saciedad.

Su mensaje, de todas formas, no acababa ahí. Para integrarse en ella, exige el compromiso individual. Solicita de la gente una reacción ante esa realidad nueva. Lo hace usando dos imperativos que se corresponden con las dos frases anteriores.

Mediante el primero, "*convertíos*", reclama un cambio existencial. El uso del verbo griego traducido por "*convertíos*" responde al sentido de otro hebreo que expresa la idea de transformación total. El alcance de su significado es cambiar hasta los huesos, cambiar hasta ser otro distinto al que se era. Entraña movimiento, variación en el rumbo girando en redondo; implica darse la vuelta o desandar lo andado. Hay un texto de Isaías que explica su sentido de forma plástica y tajante: "*Y desanduvo el sol en el reloj los diez grados que había avanzado*" (Is 38, 8). Con este imperativo ("*convertíos*"), el Galileo invita a romper con el sistema injusto para adherirse a la nueva realidad social que él pone en marcha.

El segundo imperativo, "*tened fe*", va acompañado de la expresión "*en la buena noticia*". Con él, no pide un acto mental irreflexivo, sino un movimiento práctico hacia un objetivo real y concreto. No dice: "*tened fe*", en abstracto. La acción de la que habla debe encaminarse hacia su objetivo: "*la buena noticia*" o la realidad social que define a ésta: "*el reinado de Dios*". La lectura de este verbo (tener fe) se ha desfigurado con el barniz religioso untado en él durante siglos.

Con la tintura, se ha disfrazado su energía y el compromiso que exige. Sin embargo, para el Galileo, supone el paso decisivo en una dirección determinada. Es en ese sentido como complementa al primer imperativo: "*convertíos*".

En definitiva, después de solicitar regresar del camino andado, el hombre de Galilea reclama orientar los pies hacia la realidad social anunciada como "*la buena noticia*". Creer en ella supone adherirse, entregarse existencialmente a su dinámica.

—Vamos a ver Teófila. Pongo un ejemplo:

Si voy conduciendo un coche, entro en una calle sin salida y a mitad de la calle me doy cuenta que por ahí no llego a ninguna parte, al movimiento de ir marcha atrás para llegar a la calle principal, el hombre de Galilea le llama: *conversión*. Ahora, una vez que estoy en el cruce, denomina, *tener fe*, a la marcha hacia delante por la calle que me lleva a mi objetivo. ¿Es así?

—Exactamente como lo has expuesto —respondió Teófila—. Has buscado un ejemplo perfecto para que cualquiera pueda entenderlo. Ambos conceptos, convertirse y tener fe coinciden en su sentido práctico y dinámico.

—Habrá que preguntarse en clave inconformista: ¿a quién beneficia alejar fuera de la historia el reinado de Dios?

—La tesis que relega el reinado de Dios a la promesa futura de un lugar celestial para después de la muerte delata su complicidad con la injusticia y el asesinato de los ignorados e insignificantes, a los que se les frustran, con ello, sus esperanzas de lograrlo aquí. El Galileo, como hemos podido ver, no pensó que inauguraba un tiempo de promesas, sino de realidades definitivas. Lo primero no habría sido la buena noticia, sino una más entre tantas. Y, desde luego, habría representado una auténtica alegría para los que acallaron la voz del Bautista.

—¡No hay vuelta de hoja! Si se promete la época de la felicidad para después de la muerte, se anima a transigir. Los miserables que aguanten; los dueños de la riqueza que disfruten sin que nadie los moleste... Aquí no se toca nada. Todo está bien establecido. ¡Mira que bonito!
Pero, a ver, ¿a qué realidad social se refería concretamente el Galileo?

—Si se fijan en la escena que sigue, inmediatamente después de su anuncio invita a dos parejas de hermanos a seguirle:

- ***Yendo de paso junto al mar de Galilea vio a cierto Simón y Andrés, el hermano de Simón, que echaban redes de mano en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo:
—Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres.
Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.
Un poco más adelante vio a Santiago el de Zebedeo y a Juan, su hermano, que estaban en la barca poniendo a punto las redes, e inmediatamente los llamó. Dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los asalariados y se marcharon con él. (Mc. 1, 16-20).***

El reinado de Dios comienza con la adhesión de unos individuos identificados por sus nombres, por su relación de hermandad entre ellos, por su actividad e incluso por su pertenencia a un núcleo familiar. Ese fue el primer paso de la realidad social de su proyecto. Invitar a unos amigos; contar con ellos. Choca un comienzo tan endeble, ¿verdad? Sin embargo, él sabía lo que hacía. Tenía bien perfilado su plan.